

LA HORMIGA DE NERUDA

Fernando Sáez

Sólo al pasar se refiere el poeta Pablo Neruda a su mujer, Delia del Carril, en su autobiografía *Confieso que He Vivido*. Pero esa relación que se inició en Madrid en 1934, cuando el poeta no era aún reconocido mundialmente, fue en muchos aspectos decisiva en el desarrollo y trayectoria de Neruda. Esta mujer, refinada, de nacionalidad argentina, lo apoyó y acompañó durante veinte años que fueron cruciales en la vida del poeta. En ese tiempo, no solamente su obra alcanza dimensiones importantes, sino también comienza su compromiso con el Partido Comunista y su participación activa en la vida política de Chile. Es además un intenso período de viajes por el mundo, tanto en cargos diplomáticos como en su condición de intelectual y, desde luego, en su país, como importante impulsor de la vida cultural. La relación de ambos termina con la aparición de Matilde Urrutia. Delia inicia entonces su obra de grabadora y dibujante por la que es reconocida.

FERNANDO SÁEZ. Escritor. Ha publicado las novelas *El Aire Visible* (Ed. Sudamericana, 1993) y *La Novela de Amanda Romo* (Ed. Planeta, 1999). Es autor de la biografía de Violeta Parra *La Vida Intranquila* (Ed. Sudamericana, 1999) y de la biografía de Delia del Carril *Todo Debe Ser Demasiado* (Ed. Sudamericana, 1997), publicada en Argentina con el título *La Mujer Argentina del Poeta Neruda* (Ed. Sudamericana, 1998) y en 2004 con el título *La Hormiga*, editada por Catalonia. En 2003 publica *Abandonada* (Editorial Catalonia), obra de teatro en un acto sobre la última conversación entre Delia del Carril y Pablo Neruda.

Cuando hace algunos años inicié la investigación para escribir la biografía de Delia del Carril, en una decisión enigmática, no sospechaba de la cantidad de mundos y personas que saldrían al camino. Sabía poco, sólo un poco más que los trazos gruesos que todos manejamos sobre este tema. Con el paso del tiempo, sigo considerando que las escenas de la separación de Delia y Pablo Neruda mantienen una fuerte carga dramática, y quizás ese suceso sea un buen punto de partida para desenredar la madeja de los materiales con que estaban hechos sus protagonistas.

La separación definitiva de esa relación de veinte años ocurrió en un caluroso día a mediados de febrero de 1955, en la casa de calle Lynch 164, barrio de Los Guindos, “Michoacán”, como la habían llamado en recuerdo de sus días en México. Las conversaciones comenzaron en la mañana, con la llegada del secretario general del Partido Comunista, que hacía de mediador y componedor, tratando de evitar la decisión de Delia de poner fin al matrimonio y dejar la casa, negándose rotundamente a aceptar la oferta de Pablo de que siguiera siendo su mujer y consintiera en su relación con Matilde Urrutia. Galo González acompañaba a la pareja, caminando por el jardín, boscoso, agreste y largo, que desembocaba en el teatro de madera construido en memoria de García Lorca. Hubo llantos y recriminaciones, escenas definitivas para una situación inconfortable y triste que ya se arrastraba por meses. Como casi todos los días, llegaron también Diego Muñoz y su joven mujer, Inés Valenzuela, por si algo se ofrecía. Al ver al secretario general, decidieron irse, pensando que se trataba de algún asunto político delicado. Les pidieron que se quedaran y participaran en la conversación. En un aparte, Delia le pregunta a Inés cómo reaccionaría ella en su lugar. Inés le da la razón, pensando en su interior que quizás, si tuviera los setenta años de Delia, no sería capaz de esa resolución drástica. Ese mismo día Delia se fue. Por supuesto que de todo esto no salió una palabra en diarios ni revistas ni mucho menos algún comentario en las radios. Eran los tiempos en que la vida privada no estaba en las noticias y la intimidad quedaba reducida a los involucrados y su círculo próximo. Pero eso no fue obstáculo para que las murmuraciones y comentarios arreciaran. Todo el mundo aportaba versiones y detalles, cuidando de que dieran la medida exacta de la cercanía que los unía a la pareja y sus cercanos.

En realidad, la separación fue un cataclismo que dejó por años al grupo de sus amigos divididos entre nerudianos y hormiguistas. Pero tampoco fueron escasos los que lograron mantener una doble militancia aceptando las insistentes invitaciones de Neruda para que conocieran a Matilde, cuidando que esas visitas no llegaran a oídos de la Hormiga.

El hecho se veía venir. Ya antes de volver a Chile desde el exilio, en 1952, había noticias de que el poeta tenía una amante, a pesar del cerco de discreción que los poseedores del secreto mantenían y los malabares y múltiples tácticas y maniobras que el poeta improvisaba día a día, desde esa tarde de 1949 en Ciudad de México, durante uno de los recitales de *Canto General*, en que Matilde Urrutia se acercó al final de la presentación, recordándole un encuentro anterior en Chile cuando ella era alumna de canto de Blanca Hauser.

La flebitis que sufrió Neruda en México le obligó a permanecer allí más tiempo del presupuestado y fue el primer pretexto para que Matilde entrara en la casa y lo asistiera como cuidadora. Y luego, cuando Delia y Pablo volvieron a Europa, él hizo los arreglos para que Matilde fuera invitada a cantar al cierre del Festival de la Juventud de Berlín, en otra estratagema para tenerla a su lado. Y después en el incesante viajar de esos meses una y otra vez apareció Matilde sorpresivamente, en el foyer del Hotel donde estaban alojados y hasta en un viaje en tren, haciéndose pasar por la amiga del poeta Nicolás Guillén, que iba en la comitiva. Sólo le fue imposible inventar una buena razón para que los acompañara en el largo recorrido del transiberiano, pero su ausencia inspiró al poeta para iniciar allí la escritura de *Los Versos del Capitán*.

Al volver, ya estaba todo arreglado para que Delia fuera a Chile, para encargarse de apurar los trámites que pusieran fin a la prohibición de entrada al país que aún pesaba sobre el poeta. Entonces, los enamorados se instalaron en Capri y la edición de *Los Versos del Capitán*, anónimamente selló la relación.

De vuelta a Chile, en 1952, la intimidad y soltura de esa estadía en Italia, y luego en Suiza y Uruguay, se vio nuevamente limitada por las complicaciones de la clandestinidad. El secreto se fue diluyendo, entre otras buenas razones, porque Matilde no estaba dispuesta a permanecer oculta y no estaba en su carácter relegarse ahora a un segundo plano.

Nacida en la ciudad de Chillán, en un hogar pobre, había trabajado duro para torcer su destino. De su ciudad natal se fue a Santiago, empleándose en una oficina de Correos del barrio sur, para luego incorporarse, como cantante, a conjuntos de música popular que la habían llevado a recorrer parte de América Latina. Su vida sentimental, en que hubo algunos amantes conspicuos, tampoco había tomado rumbos definidos. Acercándose a los cuarenta años, este nuevo amor se volvía crucial como para no luchar con todas sus fuerzas por conseguir al hombre que quería.

Neruda, entonces, estaba entre dos fuegos y no era la primera vez que esto le ocurría.

La vida sentimental del poeta había sido de intensos amores juveniles, correspondidos a medias, el más vehemente con Albertina Azócar; conoció la gran pasión en Birmania con Josie Bliss, y luego fue su primer matrimonio fruto de la soledad, cuando era cónsul en Java, en 1930, con la holandesa María Antonieta (Maruca) Hagenaar, con quien volvió a Chile. En medio de sus amigos y en su tierra, se hizo más ostensible lo equivocado de esa relación.

Pero fue en Madrid, en 1934, aún casado con Maruca, cuando conoció a Delia del Carril.

Delia tenía en ese momento cincuenta años. Quizás estaba predestinada a cumplir con lo que la escritora María Luisa Bombal decía en relación a las necesidades sentimentales del poeta: “no todas podemos ser madres”. Lo cierto es que el amor fue correspondido y fulminante, sin ser obstáculo la diferencia de veinte años que los separaban. Y para evitar suspicacias citemos a María Teresa León, mujer de Rafael Alberti, que la conoció en esos años, anotando en sus *Memorias de la Melancolía*: “...cuando se quiere dar una imagen de belleza y de gracia, acudo a la imagen de Delia”.

La Delia del Carril que llegaba a España casi al mismo tiempo que Neruda, encontraba recién, en su fervorosa adhesión al Partido Comunista, cierta estabilidad y sentido para una vida de búsquedas y rebeldías provocadas por su condición social y su calidad de mujer de avanzada para sus tiempos.

Pertenecía a una de esas familias argentinas definidas por ese tópico demasiado usado, pero que siempre impresiona, de aquellas que a fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte viajaban a Europa por largas temporadas sumando a la familia y los empleados, vacas y gallinas para alimentarse en la travesía. Los del Carril Iraeta eran trece hermanos y, desde su infancia, Delia lideró rebeldías, oponiéndose a los esquemas rígidos implantados por la sociedad, impuestos por los padres y ejercidos por las institutrices y luego por las monjas en el colegio. Y esto fue válido en Buenos Aires, en la estancia familiar de Polvaredas y en París, escenarios de su infancia y juventud.

Mientras los hermanos mayores cumplieron al pie de la letra con todo el ritual diseñado para sostener sus privilegios, ella no logró acatar las obligaciones que, sobre todo en su condición de mujer, se imponían.

Cuando cumplió quince años su padre se suicidó, y este acto, de distintas maneras, y a pesar de la tenaz disciplina impuesta por la madre, influyó en sus comportamientos; soltó amarras, varió la mirada hacia la vida.

Romper los moldes, bregar por la independencia, curiosamente, no son actos privativos ni solitarios. Cada época parece aglutinar de maneras misteriosas a quienes se oponen a seguir un camino trazado y rígido. En Buenos Aires eran muchos los jóvenes de esa misma clase que estaban por la rebeldía, reflejándose en detalles hoy tan absurdos como cabalgar juntos, mujeres y hombres, en los Parques de Palermo. Esto que hacían con naturalidad los del Carril y sus amigos fue condenado desde el púlpito por el párroco de la Iglesia de la Monserrat, y obtuvo como respuesta la burla de los jóvenes; en esa posición tan incómoda no se podía hacer nada malo.

Salir del ámbito familiar y encontrarse con nuevas amistades permitió a Delia sorprenderse con el descubrimiento de algo de lo que no era consciente: su atractivo personal, que desembocaba en un éxito social que era, si embargo, evidente para los demás por su desenvoltura natural, por ese trato abierto y espontáneo difícil de confundir con liviandad, porque una intuición perfecta la llevaba a poner límites en el momento preciso, y en esa fórmula genuina residía su encanto.

Pero los costos de la independencia para una mujer en su posición eran altos. Sus intereses la llevaban a la búsqueda de una realización que le estaba vedada. Las capacidades de una mujer quedaban acotadas a una afición y jamás a un profesionalismo. Las clases de pintura que tomaba y para la que tenía facilidades no lograban pensarse como una dedicación esforzada que dejara de lado la vida social y el cumplimiento mínimo de acatar las obligaciones familiares. Ni siquiera era posible, en el régimen impuesto a su condición de mujer, que pudiera manejar ella misma la herencia que le había correspondido. Los hombres de la familia o los encargados de administrar los bienes eran los verdaderos dueños de sus pertenencias.

Esta carta escrita desde París a su hermana Julia es el mejor retrato de sus estados de ánimo confusos: “Estoy en una época de negrura, mi Julia, a veces me creo neurasténica, pero no, no soy una enferma imaginaria, siento que no tengo razón de existir, que no vivo para nada, no puedo hacer la felicidad de nadie, ni siquiera la mía, por la imposibilidad en que estoy de querer a nadie. Ustedes no me necesitan mayormente, en casa más bien soy un clavo, en fin queridita, no quiero decirte el fondo de lo que pienso porque es atroz. Comprende si con esto en el corazón me río de mis éxitos sociales, así son, es una ironía que degenera en sarcasmo, todos estos días he estado de fiestas e historias y he oído las cosas más amables del mundo dirigidas a mi humilde personalidad. Me han declarado la más alegre, la más viva. Y yo he tenido ganas de gritarles, imbéciles, imbéciles. Antes de venir he llorado y antes de reírme así a carcajadas he sollozado y

gritado en mi casa. Estoy deseando que pasen estas fiestas, comedias y fandangos, la gente me deja los nervios a la miseria y te juro que si no fuera por mí, aceptaría la amenaza de mamá de llevarme a Suiza, pero por lo menos tengo el consuelo de saber cantar, eso alegrará la vejez de mis veinticinco años. Madame Trelat se ha encontrado con mi voz y se le ha metido entre ceja y ceja hacerme cantar frente a Gabriel Fauré y de sus viejas discípulas que cantan que es una maravilla, me hace estudiar una barbaridad y en italiano, resulta que ha sido discípula de Rossini y su escuela es la antigua escuela italiana. Yo estoy encantada como te imaginás, recuerdo mucho a Aída, si le hubiera hecho caso a ella y hubiera estudiado como es debido mirá todo lo que hubiera adelantado. Madame Trelat es severísima y de lo más exigente, pero muy cariñosa conmigo, me da clases dos veces por semana. Todo el mundo me felicita porque dicen que Madame Trelat debe esperar mucho de mí cuando se ocupa así. Y la opinión de ella es respetadísima... en fin. Será un paso más en esta vida mía, sin brújula e inútil. Adiós queridita, todo de tu Delia.”

La historia del concierto frente a Fauré terminó en el desastre, los nervios le jugaron una mala pasada y no le salió la voz. Delia abandonó las clases y el canto.

Además, sus mejores amigos se casaban. Victoria Ocampo, a pesar de estar juramentada, cree salvarse del rigor de su familia casándose, su hermana Adelina se enamora perdidamente de Ricardo Güiraldes, compañero en el arte de Delia, y escritor fracasado hasta ese momento. Alfredo González Garraño con Marieta Ayerza. La soltería de Delia se hace más ostentosa.

No faltaban los pretendientes, pero ella no da su brazo a torcer. Hasta que aparece Adán Dihel, amigo de viajes de Ricardo, un hombre excéntrico, rico, coleccionista de arte, experto en poetras, hijo único consentido. Como pretexto para ceder a sus ruegos de matrimonio, Delia cuenta que el hombre ha amenazado con suicidarse y ella no puede ser culpable de esa muerte. Se casan en Mendoza sin previo aviso ni ceremonia alguna.

Como los caminos a Europa están vedados por la Primera Guerra Mundial, escogen Alaska para ir de luna de miel, un lugar que no tiene pasado para ninguno de los dos. Desde Valparaíso se embarcan hacia Nueva York para seguir luego a Canadá y atravesar hasta Alaska.

De vuelta viven entre Buenos Aires y Mar del Plata. A Delia jamás le interesaron los asuntos domésticos. Disponer comida o disciplinar a los empleados no estaba entre sus preocupaciones. Tampoco el marido pretendía exigirle eso. Ambos formaban una pareja excéntrica y elegante que no podía faltar en el grupo que formaba la bohemia dorada de esos años en la

Argentina, donde se estrenaban como en Europa los mejores ballets y óperas, a lo que seguían interminables fiestas. Pero a poco andar la relación se definió como esas pasiones posesivas que no dejan espacio a la calma. Eran tan parecidos en muchos aspectos, que ninguno cedía ante el otro en un largo juego de provocaciones, disputas y reconciliaciones. Su atractivo no era algo que ella aparentara ocultar y ser coqueta le resultaba tan natural como respirar. Ésos eran sólo agravantes que sacaban de sus casillas a un marido posesivo y celoso, que además tenía su propio encanto y éxito con las mujeres.

Con el fin de la guerra, fueron a vivir a París. La vida cotidiana del matrimonio se volvió insoportable. Adán Dihel tenía bruscos cambios de carácter, celos enfermizos. Las salidas de Delia estaban restringidas. Las peleas verbales se transformaban en grescas descomunales donde volaban platos y jarrones. Pero había algo más, algo embozado, que explicaba las reacciones de él: su afición a las drogas. Esta realidad paraliza a Delia por el temor al descontrol y la violencia. Entonces, cuando ella descubre los amores de Adán con una bailarina española que hace furor en París, encuentra la justificación perfecta para abandonarlo después de cuatro años de matrimonio.

Con los nervios deshechos vuelve a Buenos Aires. Allí se reencuentra con los amigos de la juventud que han encontrado en la cultura el camino natural para desembarazarse de las ataduras sociales, para romper con las limitaciones de las estructuras estrechas de su clase. Desde revistas como *Proa* y *Martín Fierro* y la hoja mural *Prisma*, desde la Sociedad Amigos del Arte, donde daban conferencias pintores y escritores, desde espacios apegados a la estética o a la política, vanguardista o más conservadora, emergen con ímpetu nombres como Jorge Luis Borges, Oliverio Girondo, Rojas Paz, Güiraldes, el pintor Figari, formándose las bases de ese espesor cultural de Buenos Aires que permanece hasta hoy. Es en ese nuevo escenario donde Delia retoma también su interés por la pintura y participa activamente junto a otras mujeres en la adhesión a la permanencia de ese mundo cultural.

También vuelve de París su amiga Victoria Ocampo. Tampoco ha resistido las exigencias de un marido y se incorpora al grupo de los artistas. Heredera de una suculenta fortuna, a pesar de los vaticinios de ruina que le ha sugerido su padre antes de morir, se embarca en la aventura cultural de una revista que recoja, para sus lectores latinoamericanos, a autores norteamericanos y europeos creando un puente entre dos mundos que se desconocen. Delia le acompaña en el trabajo de reclutar escritores en París y Estados Unidos para la creación de *Sur*.

Pero ella siente que a su alrededor todos tienen y realizan sus proyectos y parece no encontrar un espacio propio aparte de esa permanente actividad y apoyo, esa animación que realiza con especial dedicación. Decide entonces instalarse en París nuevamente y otra vez insiste con la pintura, que ha abandonado tantas veces. Toma clases en la Academie Moderne, en el taller del pintor Fernand Léger, en el 86 de la calle Notre Dame de Champs. Este encuentro deja marcas imborrables, además de una amistad que permaneció hasta la muerte del pintor, y que tuvo un breve momento de mayor intimidad. Fueron las ideas de Léger, su inteligencia, sus conceptos filosóficos, su adhesión al materialismo histórico de Marx, los que provocaron en Delia una fuerte transformación, que la llevó a adherir e inscribirse en el Partido Comunista, al que pertenecía Léger.

A pesar de todos los años que ha residido en París, por su condición de extranjera, latinoamericana, sólo ha tenido acceso al mundo de la vanguardia y la modernidad, por su propia curiosidad, por sus lecturas y como espectadora de teatros y salas de exposiciones. Pero esta vez entra de lleno a los círculos donde conoce a esos artistas y escritores que aún no son legitimados en los círculos oficiales: Blaise Cendrars, Pablo Picasso, Louis Aragon, Paul Eluard, Le Corbusier.

Pero son sobre todo las ideas de igualdad y justicia, esa nueva dimensión del hombre en el mundo, las lecturas de *El Capital*, el *Manifiesto Comunista*, la *Lucha de Clases en Francia*, las que le transmiten una visión tan ilimitada y abarcadora de lo que es otra realidad, que le hacen entender que esa insatisfacción permanente que la ha acompañado, esa inquietud que ha venido sintiendo por tantos años, es exactamente la falta de un compromiso superior que no había encontrado antes en su camino y que ahora siente propio.

Es el paso por París de Rafael Alberti y María Teresa León lo que la impulsa a partir hacia Madrid. Allá está ocurriendo todo, le dicen.

Y es verdad, en España la instalación de la República ha provocado todo el interés y atención de los progresistas, que miran con estupor la Italia de Mussolini, el incontrolable poder del partido nazi en Alemania y la dictadura establecida en Portugal por Oliveira Salazar. En cambio en España se inicia una etapa decisiva de cambios sociales y económicos y ha emergido un movimiento cultural poderoso que cuenta con el apoyo solidario de artistas e intelectuales de todo el mundo.

En poco tiempo, apadrinada por Alberti y María Teresa, Delia ya estaba colaborando con la Alianza de Intelectuales, haciendo traducciones de documentos y como intérprete de los extranjeros que llegaban por oleadas a Madrid. Se inscribió también en la Academia de San Fernando en

cursos de pintura y era una de las voces del Coro Obrero, donde ya sin temor lucía su voz.

Vitalidad y energía le sobraban también para participar en la bohemia madrileña, donde se daban los encuentros humanos, las conversaciones acaloradas, en cantinas y mesones abarrotados de gente. También en las tertulias de la casa del ministro consejero de la Embajada de Chile, Carlos Morla Lynch, quizás el único lugar donde aún convivían en cierta armonía monarquistas y comunistas, católicos y anarquistas. Allí conoció a Federico García Lorca, que recién volvía de Buenos Aires, donde se habían estrenado *Bodas de Sangre* y *La Zapatera Prodigiosa* con un éxito impresionante. Allí conoció a los chilenos Luis Enrique Délano y su mujer Lola Falcon, y de ellos escuchó por primera vez el nombre de Pablo Neruda.

Neruda estaba designado como cónsul en Barcelona. De vuelta a Chile, después de su estadía como diplomático en Java, Singapur y Ceilán, se instala con Maruca en un departamento pequeño, estrecho y oscuro en la calle Catedral. Ahí llega todas las mañanas su gran amigo Tomás Lago, que lo ayuda a soportar su desánimo. El regreso le parece una marcha atrás. Maruca no intenta aprender el castellano y su carácter se vuelve cada vez más circunspecto y ausente; con gran paciencia Irma Falcon, mujer de Tomás, le hace compañía.

Neruda logra con dificultad que le publiquen su trabajo realizado en Oriente, cien ejemplares de *Residencia en la Tierra*, y también una nueva edición de *Veinte Poemas de Amor*. Pero el futuro se vislumbra incierto.

En 1933 es nombrado cónsul en Buenos Aires y allí comienza a quedar atrás el poeta taciturno y melancólico y aparecen los primeros signos de esas características de gozador y fervoroso amante de la vida con que hoy se le conoce. La amistad con García Lorca se fragua en las noches bonaerenses. Entonces es destinado a Barcelona.

El cónsul general, Tulio Maquieira, su jefe directo, comprendió rápidamente que Neruda no era hombre de números ni oficinas, que la burocracia no era su fuerte, y lo instó a instalarse en Madrid, donde estaban los poetas, con título de agregado cultural, ya que en esa ciudad ejercía como cónsul Gabriela Mistral.

Quizás fue la noche en que Pablo recitó fragmentos de *Residencia en la Tierra* en casa de Morla Lynch, o debamos creerle a Rafael Alberti, quien sostiene que fue en su departamento de la calle Marqués de Urquijo donde se vieron por primera vez, pero el recuerdo de la propia Delia es de una noche en que él entró a la Cervecería Correos, se sentó a su lado y “...puso su brazo alrededor de mi hombro y así nos quedamos”.

Lo cierto es que hubo admiración mutua por motivos distintos, como ocurre con los arquetipos de las historias románticas de siempre. Ella con un pasado casi esplendoroso, con dosis de belleza, encanto y mundo para dar y regalar. Él, melancólico, triste, mucho más joven, poeta genial, aún no comprendido.

El telón de fondo de la relación fue el grupo impresionante de poetas y artistas que se reunían día tras día para animar la vida intelectual, creando revistas, editando nuevos autores, asistiendo a los teatros, trabajando por la causa republicana desde la Alianza de Intelectuales, escribiendo proclamas, involucrados en discusiones y polémicas. Y por las noches, encontrarse en la Cervecería Correos, comer en la Granja del Enar de la calle Alcalá, o simplemente caminar por las calles con la botella de Chinchón bajo el brazo.

También estaba el departamento de Pablo en la calle Hilarión Eslava, bautizada La Casa de las Flores, donde se encuentran todos, Federico, Alberti, Santiago Ontañón, Maruja Mallo, José Caballero, Concha Méndez, José Bergamín, Isaías Cabezón, Altolaguirre, Cernuda, y el infaltable músico chileno Acario Cotapos, quien tiene el don de la parodia y puede escenificar en un instante una sesión del Parlamento soviético, o reproducir las onomatopeyas de cambios de guardia, avances de caballería o bien, con la colaboración de García Lorca en el papel de una inocente campesina, hacer las veces de su conservador confesor. A veces, van todos a inaugurar estatuas inexistentes y los discursos pueden alargarse hasta el amanecer. Suele incorporarse también el joven poeta Miguel Hernández, que es un experto en la imitación de pájaros.

Maruca Hagenaar espera un hijo. A fines de 1934 nace Malva Marina, pero de inmediato se detectaron graves anomalías en la niña. Sufría de hidrocefalia. La felicidad del poeta con su primera hija no duró nada. La situación del matrimonio se volvió insostenible, Maruca se aisló en la pieza oscura en que debía estar la niña, cantando canciones de cuna en su idioma holandés.

Pablo Neruda se aferró a Delia y la relación, que todos pensaban como una afectuosa amistad, evidencia una mayor intimidad. Para ese momento Delia ya era la Hormiga, apodo que le dio el pintor Isaías Cabezón por su diligencia y el ímpetu que había puesto para conseguir fondos para que Acario Cotapos no tuviera que regresar a Chile. También algunos le dicen el Ojo de Molotov, referencia al político soviético fiel a Stalin, por su información siempre al día y su lealtad al partido.

“...[S]iempre me creo comprendido en esa alusión final de todas tus cartas a Delia ‘Abrazos a todos los que te quieren’ aunque la frase me

queda chica porque adoro a Delia y no puedo vivir sin ella. Muy a menudo tengo que reprenderla, hace algunos días en que estaba a cargo por algunos minutos de la cocina nos trajo una sopa de fósforos, porque distraídamente, después de dar el gas, echó los fósforos a la olla. Pierde los guantes en todos los tranvías, le dice 'mijito' a todos los vendedores de medias y paga el autobús con llaves y botones. Me dirás tú si sigue siendo como era o ha progresado... Aquí estamos y no dejaremos a Delia, si quieres verla, ven. España está toda llena de cosas que brotan, de sencillez, de simple vida..." escribe Pablo a Adelina del Carril.

Desde Chile llegan las noticias de los ataques furibundos a Neruda liderados por Vicente Huidobro y Pablo de Rokha. Alguien ha descubierto un parecido asombroso entre un poema de Tagore del libro *El Jardinero* con el poema 15 de los *Veinte Poemas de Amor* y las acusaciones de plagio aparecen en los diarios. Neruda preparó una respuesta hiriente, tremenda, de la que le hicieron desistir Delia y García Lorca. A cambio, Alberti, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Jorge Guillén, Miguel Hernández y Federico lideran un homenaje público dándole un espaldarazo definitivo y contundente.

También en Chile un periodista publica en la revista *La Familia* una carta privadísima de Gabriela Mistral a Armando Donoso en que escribe descarnadamente su pensamiento sobre España. Estalla un escándalo descomunal, y Gabriela recibe órdenes perentorias de dejar España en cuarenta y ocho horas. Se va a Portugal y Pablo Neruda ocupa su puesto como cónsul en Madrid.

La situación política atraviesa por momentos cruciales. La derecha ha obtenido mayoría en el Parlamento y amenaza con desandar lo avanzado por los republicanos en las reformas sociales y educacionales. La izquierda declara huelga general y comienzan balaceras por las noches, enfrentamientos entre la Guardia Civil y los obreros. Desde la derecha los ataques a los movimientos culturales arrecian. El teatro La Barraca, creado por García Lorca, es blanco de los mayores ataques, y el poeta es vilipendiado en la prensa. El estreno de *Yerma* se presta para protestas y silbatinas que son controladas por la fuerza pública. En los diarios, García Lorca es acusado de blasfemo, pagano e irreverente.

Por lo agitado de la situación y como un buen pretexto para terminar su situación matrimonial, Neruda decide enviar a Maruca y su hija a la más calma Barcelona, a casa de Tulio Maquieira.

Pero no pasan muchos meses y todos deben huir de Madrid. En julio de 1936, el asesinato del teniente José Castillo, hombre de izquierdas, y la venganza al día siguiente, en que muere acribillado Calvo Sotelo, hace

estallar la guerra civil, se subleva el ejército español en África y comienzan en todo el país los enfrentamientos encarnizados entre los dos bandos en conflicto.

El asesinato de García Lorca en septiembre es recibido en Madrid con estupor. Para Pablo Neruda esta muerte significa comprometerse abiertamente con la causa republicana, y están Delia y Alberti para sumarlo a la causa del Partido Comunista.

En noviembre deciden partir hacia Barcelona. Madrid está a oscuras, los disparos llegan hasta la Casa de las Flores.

Delia se queda en el camino, en Valencia. Pablo debe resolver sus asuntos con Maruca y ella esperará.

Pero al mes, desde Marsella, Pablo escribe: “Hormiguita querida: No sé por qué te vas a quedar meses en Barcelona. Tú tenías planes. Dejé a Maruca. La situación está arreglada con su ida. Estoy en un hotel muy viejo junto al puerto. Miro cada mañana los veleros. Qué bien estaríamos juntos! Te abrazo con todo mi corazón y te quiero cada día, espero verte que es lo único que quiero”.

La carta traía también un pedido. La compra de un pequeño barco que había dejado visto en una tienda. Delia corrió a comprarlo y fue a encontrarlo a París.

Delia le presentó a sus amigos Paul Eluard y Louis Aragon, y éste fue quien le consiguió un trabajo a Pablo en la Asociación de Defensa de la Cultura, que preparaba el gran encuentro de los artistas del mundo en Valencia, en apoyo a la República Española, cuya derrota parece inminente por los avances de las tropas franquistas. Vuelven a un Madrid destruido por la metralla de ambos bandos.

Desde París se embarcan a Valparaíso y el 10 de octubre de 1937 llegan Delia y Pablo a la Estación Mapocho de Santiago; los amigos los esperan, Tomás Lago e Irma Falcon, Diego Muñoz y Regina Falcon, Rubén Azócar, que quedan conquistados por esta argentina que desde que baja del tren despliega su atractivo.

Las fiestas se suceden para celebrarlos. Los que lo conocen bien advierten el cambio notable del poeta y se comenta la influencia de esta nueva mujer de la que no se sabe su edad, pero que por sus maneras la suponen una aristócrata y, por su manera de vestir, corre el rumor de su riqueza. Neruda tenía una especial susceptibilidad por los comentarios que se originaban alrededor de su persona, estaba atento a los ataques de sus enemigos, que nunca faltaban, y era muy cuidadoso de lo que hablaba la gente. Las escasas palabras que dedica a Delia en sus memorias, *Confieso que He Vivido*, dejan en claro la molestia que le provocaba esta supuesta

riqueza de ella. “Delia del Carril, mi mujer de entonces y de tantos años, tuvo siempre fama de rica estanciera, pero lo cierto es que era más pobre que yo”. La realidad era otra. Delia no era rica, pero recibía los dineros que dejaban sus propiedades en Buenos Aires y las ventas que realizó de ellas le permitieron, entre otras cosas, comprar la casa de Isla Negra. El tiempo sí le dio la razón al poeta.

En Santiago, la pareja se instaló en una casa espaciosa en la avenida Yrarrázaval, dando inicio a una forma de vida espontánea, de puertas abiertas, recibiendo a todo el mundo, sin límites de horarios ni protocolos de ninguna especie. Era también una forma sutil con que la Hormiga mantenía un cuidado sobre el poeta. Su natural genio para la poesía, su facilidad inaudita para desentrañar palabras que representan con perfección lo que busca decir, es un arma de doble filo para su trabajo. Le gusta la dispersión y sus amigos. Entonces Delia, como pretexto de su amor o como honesta preocupación por su futuro, ejerce un poder que evita los excesos. Porque era complejo ese afecto profundo que enfrentaba diferencias importantes. No eran solamente los veinte años que los separaban, sino el aprendizaje de dos mundos disímiles que entraban a tallar. La Hormiga puede llegar a ser inflexible y dura y el poeta acata, pero esa autoridad lo incita a escabullirse.

El círculo nerudiano se desenvuelve con la soltura de los que no tienen que guardar las apariencias, conforman la bohemia, son artistas y escritores y, por eso, marginados del mundo formal, pacato y conservador, con mentalidad de pueblo chico, que es el ambiente dominante en Santiago.

La cuestión política también tenía esas diferencias. Los principales diarios tenían otros héroes: Hitler, Mussolini eran mirados como la salvación para un mundo que necesitaba orden y mano firme. Franco, que acababa de ganar la guerra en España, era el líder del momento. Inician entonces un trabajo político creando, como en España, una Alianza de Intelectuales y Neruda da conferencias y agita el ambiente contando su experiencia en España, iniciando un movimiento a favor de los refugiados españoles en Francia, publicando, en la Editorial Ercilla, *España en el Corazón*.

El triunfo de Pedro Aguirre Cerda y del Frente Popular facilita las cosas para ayudar a los españoles, y Pablo y Delia vuelven a París para realizar la operación del Winnipeg, que traería a Chile a cientos de refugiados españoles, que de muchas maneras influyeron poderosamente en el mundo cultural e intelectual de Chile.

Después de ese trabajo sacrificado y exitoso, Neruda es nombrado cónsul en México. Las casas de la pareja en Ciudad de México son, como en Santiago, un hervidero de gente y fiestas, el reencuentro con muchos amigos españoles que habían encontrado allí refugio, y la amistad con el refulgente grupo de pintores y escritores mexicanos.

Allí reciben la noticia de la muerte en la cárcel de Miguel Hernández. Y también la de la muerte de Malva Marina, en Holanda, provocada por su enfermedad congénita.

Desaparecido el único vínculo que lo unía a Maruca Hagenaar, Neruda y Delia se casan. El dos de julio de 1943 en Tetecala, Neftalí Reyes Basoalto y Delia del Carril Iraeta, ambos divorciados, contraen matrimonio. La novia confiesa cuarenta y cinco años, y él, nacido en Parral, treinta y nueve, según reza el certificado expedido por el gobernador constitucional del estado libre y soberano de Morelos.

Ese mismo año Neruda renuncia a sus labores consulares y vuelven a Chile, después de un largo periplo por Latinoamérica que incluye las ruinas de Machu Picchu, por deferencia de Manuel Prado, Presidente del Perú.

En Chile, se instalan en su nueva casa de la calle Lynch, que bautizan Michoacán. Y este lugar se convierte nuevamente en el centro de operaciones que reúne a los amigos, conocidos y aparecidos. A los que se agrega una larga lista de amigos del extranjero —Paul Valéry, Miguel Ángel Asturias, Nicolás Guillén, Alberti y María Teresa— que avivan el emergente mundo cultural santiaguino. Michoacán era la fiesta permanente. Las cuentas mensuales de la rotisería cercana llegaban a sumas astronómicas, donde podía descubrirse anotado hasta un cordero que había llevado uno de los invitados de regalo. Delia hacía una visita diaria a la cocina, bastante inútil, porque se levantaba tarde. Con ello creía cumplir con creces su papel de dueña de casa. Lo que le interesaba era estar con la gente, conversar, tener discusiones trascendentales, donde no cabían preocupaciones insignificantes. “Mira donde andan los tenedores” decía sin inmutarse, en medio de una conversación en el jardín, a la vista de un tenedor en el suelo. Para ese tiempo ya se ha ganado otro apodo, que le ha puesto Neruda por su desinterés en las tareas domésticas: la vecina. Pero a la vecina le preocupa el exceso de peso de Pablo. Se hace experta en carbohidratos, proteínas y grasas y está atenta a lo que él come. “Pablo, sólo una cucharada de dulce de alcayota”. “Hormiga, me comeré toda la alcayota, hasta que yo mismo me transforme en alcayota”, responde el poeta, y las risas hacen trizas el cuidado.

El Partido Comunista lo nombra candidato a senador por las provincias del norte, y se suceden las manifestaciones, los discursos, las giras por todo el país, alentando a los ciudadanos a votar por la lista unida de radicales y comunistas. El poeta es elegido senador, junto con Gabriel González Videla y Elías Laferte. A la muerte prematura de Pedro Aguirre Cerda y la de su sucesor, José Antonio Ríos, asume la Presidencia Gabriel González Videla, quien había nombrado como jefe nacional de propaganda de su campaña a Pablo Neruda, que había definitivamente registrado ese nombre en el Registro Civil el 28 de diciembre de 1946, dejando atrás su nombre de nacimiento, Neftalí Ricardo Eliecer Reyes Basoalto.

Pero las cosas de la política mundial han cambiado de señales. A la derrota de Hitler y Mussolini, y el fin del fascismo y el nazismo, Estados Unidos inicia una lucha frontal contra sus antiguos aliados, Stalin y el comunismo soviético. Gabriel González, elegido con los votos radicales y comunistas, da un giro a su gobierno y declara la ilegalidad del Partido Comunista.

Declaraciones de Neruda en el exterior y luego un discurso beligerante en el Senado le valieron un juicio político, desafuero confirmado por la Corte Suprema y orden de detención.

Delia y Pablo emprendieron la huida hacia Mendoza, pero la policía de Aduanas encontró un nombre —Neftalí Reyes— en el pasaporte y otro —Pablo Neruda— en el carné de identidad y no lo dejaron pasar. Comenzaron entonces un año completo en la clandestinidad, cambiando de domicilios, cuantas veces pareció necesario al equipo de seguridad del partido. Desde la casa de José Saitúa, en Los Leones, hasta terminar en la calle Antonio Varas, en la de Simón Telerman. Más de una decena de cambios que, junto con el encierro, hicieron mella en la relación. Neruda leía novelas policiales de la colección Séptimo Círculo, Delia rogaba por potes de crema de la farmacia Petrizio y tinturas para su pelo que encanecía día a día. La relación de ambos, que se balanceaba y estabilizaba en trabajos en común y mucha gente alrededor, se deterioraba en el aislamiento, en la convivencia obligada y constante, en la incertidumbre.

A pesar de todo esto, Neruda trabajaba en el *Canto General* y conseguía apoyos para ubicar información y datos de bibliotecas para realizar su obra.

Según relatan las memorias de González Videla, se sabía dónde estaba y por dónde andaba pero no quería darle el gusto de hacerlo héroe. La verdad parece distinta, porque hubo todo un operativo en que participaron el doctor Raúl Bulnes y Víctor Pey, trasladando a Neruda hacia el sur, donde lo recibió Jorge Bellet, e hizo la travesía a caballo hacia Argentina.

Al mes apareció en París en medio del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, recibiendo un espaldarazo internacional contundente que catapultó su fama. En los diarios en Chile, al mismo tiempo, el gobierno anunciaba que sólo faltaban horas para su captura.

La Hormiga hizo cuanto pudo por acompañarlo, que ella sí tenía dominio de los caballos, que era con él que tendrían problemas. Pero fue inútil. Como estaban las cosas, es muy probable que fuese el propio Pablo quien se opuso terminantemente a que le acompañara.

Volvieron a encontrarse, dos meses después, en Polonia.

El poeta perseguido fue una bandera del partido desde ese momento. Fueron recibidos por el propio Stalin en la Unión Soviética y se sucedieron los viajes y los homenajes. Además comenzaron las traducciones y publicación de sus obras en los países del Este.

Delia descubre en Rumania los deslumbrantes avances médicos de la doctora Ana Aslán para el rejuvenecimiento y se somete a todos los tratamientos imaginables con barro y vitaminas. Ya tiene sesenta y cinco años y a pesar de su vitalidad y su personalidad insólita, le pesan, sobre todo los veinte años de diferencia con Pablo.

La invitación a participar en el Congreso Latinoamericano de Partidarios de la Paz los lleva, junto a Paul Eluard, hasta México. Ahí aparece Matilde.

“Las mujeres andaban como moscas detrás de Pablo”, cuenta Elena Caffarena. Y según todas las opiniones, Neruda no era un mujeriego característico, no andaba detrás de las mujeres. Ellas lo buscaban. No tenía fama de seductor ni demasiado atractivo físico. Simplemente conquistaba desde su lugar expectante de poeta, por ese liderazgo que ejercía sobre la gente, y esa apariencia de poder que era parte de su personalidad. Tenía un modo indirecto, hasta sinuoso, y una seguridad sostenida en el convencimiento de su valía, lo que parecía funcionar como un poderoso estimulante.

Diciendo las cosas con claridad, se sabe que en la relación con Delia el sexo hacía años que no era lo que unía a la pareja. “Creía que él ya no lo necesitaba”, confiesa ella misma a una amiga después de la separación. Y desde luego debió haber hecho la vista gorda en múltiples ocasiones. Pero la pareja que conformaban, la cantidad de vida juntos, la incondicionalidad y apoyo de Delia en sus trabajos, parecían suficiente base y solidez para no pensar en un rompimiento.

No se sabe exactamente desde cuándo ella tuvo las sospechas de la importancia de Matilde Urrutia. Pero la certeza se la dieron dos empleados. El jardinero de la casa, a quien Neruda había echado por la desaparición de unas botellas de vino, se lo dice claramente, agregando: “Yo soy comunis-

ta, señora, y los comunistas no hacemos estas cosas”. Y luego la encargada de la casa de Isla Negra llegó a Santiago a quejarse con Delia del mal trato que recibía de esa señora que iba con don Pablo y que ejercía de dueña de casa.

Los amigos recuerdan el estado calamitoso de la Hormiga en ese tiempo. Nerviosa, inquieta, desequilibrada, más distraída que nunca. Exagerando con el colorido de su ropa, con su maquillaje. Sin la mirada del afecto, resultaba en esos días un personaje patético.

En este estado de cosas, se celebran los cincuenta años de Pablo Neruda. Vienen invitados de todo el mundo —Oliverio Girondo, Jorge Guillén, Miguel Ángel Asturias, Norah Lange, Rafael Alberti y María Teresa, María Rosa Oliver, entre otros—, es una semana completa de celebraciones. Neruda dona su biblioteca y su colección de caracolas a la Universidad de Chile, se editan *Las Uvas y el Viento* y *Odas Elementales*.

La hermana de Delia, Adelina, viuda de Ricardo Güiraldes, entre las invitadas, evita quedarse en la casa de Lynch, le basta ver a su hermana para saber que está ocurriendo algo grave.

Los festejos terminan con un gran almuerzo en Michoacán, donde más de doscientas personas comen porotos con chorizos, el plato escogido por el poeta. Sin duda las celebraciones aplacaron y postergaron el desenlace.

Debe haber habido un acuerdo tácito, algunas promesas, compromisos, algo convenido entre los dos para que pasaran tantos meses sin que nada se resolviera.

Pero la Hormiga ya no actuaba de acuerdo a su natural compostura. Alerta y celosa, estaba preocupada de los horarios, exagerando su interés en el tiempo que Neruda ocupaba para su escritura y otros detalles más graves, como revisar su ropa, buscar algo que confirmara lo irremediable. Y encuentra la prueba irrefutable, una carta de Matilde dejada descuidadamente en el bolsillo de una chaqueta. En la carta, ella le confiesa que está embarazada.

Entonces todo lo sucedido en los últimos años comienza a encajar como un perfecto puzzle.

Ahora entiende por qué el año anterior, en Moscú, Pablo volvió rápidamente a Chile, aunque estaba enfermo y con fiebre. Por qué insistió tanto en que ella fuera a París a preocuparse y revisar la traducción al francés de *Canto General* y conseguir los grabados de Fernand Léger que ilustrarían la edición. Cómo se ha atrevido Pablo a negar la existencia de Matilde Urrutia días antes, cuando Inés Valenzuela y Diego Muñoz le preguntan directamente si es cierto lo que todo el mundo comenta. No sólo

eso, la ha llamado a ella diciéndole: “Mire lo que dicen, que tengo una amante y es Matilde Urrutia”. “Y ¿quién es Matilde Urrutia?”, ha preguntado ella. Y él ha respondido: “Pero si usted la conoce, Hormiga, es la mujer que le planchaba sus blusitas en México”.

Después de esa última conversación en ese caluroso día de febrero, en Michoacán, Delia recibe una carta de Pablo:

“20 de febrero 1955

Mi querida Hormiguita:

Su última carta es ofensiva y es difícil no serlo en nuestras circunstancias pero no entraré a los detalles que usted sugiere. Ud. tiene mi admiración intacta, y en este caso también no creo que debamos continuar hiriéndonos. Por mi parte le ofrezco humanamente todas las soluciones que se me ocurren, si no las acepta, por lo menos no las denigre. Nada puede borrar cuanto ha hecho Ud. en nuestra unión ni sus palabras de aliento. Por mi parte he hecho cuanto pude. Si se ha hecho de amistades en todas partes por Ud. misma, si Ud. es querida con ternura por mucha gente se debe a su personalidad inteligente y gentil, pero también a cuantas oportunidades le he dado de conocer a esas gentes y esas tierras.

En cuanto a sus viajes sola no tiene razón.

No tiene razón de culpar a Homero (Homero Arce) ni hablar de com-pinches.

Creo haber procedido con toda la delicadeza que sólo Ud. se merece. Para qué decirle cosas que Ud. no aceptará, como lo muestra su actitud. A todo lo llama Ud. puñaladas por la espalda. Será entonces la historia de la vida humana, de toda la vida con sus cambios fatales, sólo una historia de puñaladas.

La parte suya en mi vida es inamovible, haga Ud. lo que haga y si me he equivocado o si he sido injusto perdóneme a mí ya que Ud. sabe hacerlo. En cuanto a mí le guardo tanto afecto, ternura, respeto y amistad como desde hace ya tantos años. Pablo”.

Ella no contesta y no quiere saber más. No nombra más a Neruda y hace callar a todos los que se le acercan para hablarle mal de él.

Quizás del orgullo herido o de la fuerza que puede dar el respingo aristocrático, de ese gesto de altivez para justificar su propia existencia, debe haber nacido el coraje para salir adelante. Delia se va a París y entra a estudiar grabado en el Taller 17, en la calle Joseph Bara, que dirige William Hayter, a quien Delia había conocido en España. El ayudante de

Hayter es un chileno, Enrique Zañartu, que recuerda haber ayudado a la Hormiga en los asuntos técnicos de su obra inicial. “No por amistad, simplemente para evitar el desastre. Era capaz de meter la mano en el ácido, no se daba cuenta del peligro de las cosas. Yo fui víctima de su encanto, ella funcionaba absolutamente por su charme. M’hijito, cómo se imprime esto tan grande. M’hijito, fíjate cómo se hace esto. Y así conseguía salir adelante con su obra.”

De vuelta a Chile, se integró al Taller 666 que dirigía Nemesio Antúnez. Y un día apareció la figura de un caballo en un grabado que hacía y luego fueron esos animales, rescatados de la memoria de su infancia en la estancia Polvaredas, en unos dibujos enormes a carboncillo, los que le dieron un lugar reconocido en la plástica chilena.

Muchos años después, a mediados de los sesenta, se encontró dos veces más con Neruda, aunque no se dirigieron la palabra.

La primera fue en la exposición de Mario Carreño que se inauguraba en la Universidad de Chile. Todos los que la rodeaban estaban nerviosos, menos ella, cuando llegó Pablo con Matilde. “Él sabrá lo que hace, yo soy artista y estoy entre mis amigos artistas” dijo a sus amigos. Luego habría una comida en casa de Payita Contreras, que la llevó en su auto. Fueron las primeras en llegar a la casa, se instalaron en el salón, y los siguientes en llegar fueron Pablo y Matilde. Fueron pocos minutos pero largos, larguísimos, en un silencio completo, hasta que llegaron otros invitados.

Meses después se celebraba con una gran fiesta los sesenta años del arquitecto Santiago Aguirre, en su enorme departamento de calle Santa María. Fueron invitados todos los amigos, el antiguo grupo de amigos de tantos años, que se había dispersado por rencillas, separaciones matrimoniales, líos de todo tipo. La Hormiga fue acompañada de Tomás Lago y su mujer, Delia Solimano. Cuando la fiesta aún no tomaba los ribetes de escándalo esperado por los organizadores, aparecieron Pablo y Matilde. La confusión fue completa, los grupos de hormiguistas y nerudianos cerraron filas con sus favoritos, parecía la escenificación del gran cisma que había conmovido a los antiguos bohemios tantos años atrás. Tomás Lago se retiró furioso. Él, que había sido el más amigo de Pablo, que juntos en su juventud habían escrito *Anillos*, no le había vuelto a dirigir la palabra después de la separación.

“Sabes, mi amor, no quiero hablar de eso, son veinte años que se borraron, que no existen”, respondía Delia a una periodista que la entrevistaba por su obra, pero que, como siempre ocurría, trataba de indagar en su relación con el poeta.

Pero el día que el poeta vuelve a Chile, después de recibir el Premio Nobel, Delia está atenta frente a su pequeño televisor Antu, mirando en blanco y negro, la llegada triunfal del poeta y su mujer Matilde Urrutia, al aeropuerto de Santiago.

El día veinticuatro de septiembre de 1973, temprano en la mañana, la radio da la noticia de la muerte de Pablo Neruda.

Los amigos que la fueron a visitar ese mismo día, la encontraron en cama, llorando. De sus ojos siempre muy pintados rodaban las lágrimas.

—¿Me habrá querido alguna vez? ¿Qué habré sido yo para Pablo? —preguntaba.

Pero se negó a ir al velatorio, aunque se habían hecho los preparativos para que estuviera presente.

—No —dijo—, ya hemos hecho demasiado circo con este asunto.

La muerte del poeta le permitió volver a hablar de él, revisar sus fotografías, volver a leer ese poema que Pablo le dedicara en *Memorial de Isla Negra*, llorarlo frente a sus amigos. Y permanecían hacia él los mismos sentimientos. Amor, porque se habría quedado la vida entera a su lado. Disgusto y tristeza, por lo que había ocurrido.

La vida de Delia se apagó el veintiséis de julio de 1989, antes de cumplir los ciento cinco años. Ya había muerto Matilde Urrutia.

En sus últimos años el pasado se fue colando en su memoria. Reaparecieron sus padres, sus hermanos. Repetía sus nombres, hablaba de ese primer caballo montado a los cuatro años. Se quedaba por horas absorta mirando el jardín, recordaba a alguien, pero una súbita interrupción le hacía olvidar el recuerdo. Al final no reconocía a los amigos. Alguien le mostró una fotografía de Neruda, y ella dijo: qué joven tan buen mozo.

Esa tan larga vida parecía compensar el destiempo de tantas circunstancias, superadas por esas cualidades de voluntad y distracción que armonizaron su personalidad

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Documentos

Cartas inéditas de Delia del Carril y Pablo Neruda.

Libros

Alberti, Rafael: *La Arboleda Perdida*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1989.

González Videla, Gabriel: *Memorias*. Santiago: Editorial Gabriela Mistral, 1975.

León, María Teresa: *Memorias de la Melancolía*. Buenos Aires: Editorial Losada, 1970.

Neruda, Pablo: *Obras Completas*. Santiago: Editorial Losada, 4ª edición, 1973.

Sáez, Fernando: *La Hormiga*. Editorial Catalonia, 2004. □